

cion por la oracion. **bien** la divina palabra y el don de docilidad para sus oyentes, de modo que penetre la palabra de verdad en el corazon de estos, germine y fructifique abundantemente?

CAPITULO III.

DE LOS ARBITRIOS PARA ALCANZAR EL FIN DE LA PREDICACION.

1. Evitar los obstáculos precedentes. El primero es obrar al contrario de lo que manifiestan todos los obstáculos indicados mas arriba. Asi una vez que hay que evitar el estudio ligero, vago y superficial, habrá de ponerse mucho cuidado, orden y constancia en los estudios. Supuesto que no es conveniente leer la sagrada escritura sin meditarla, habrá de leerse con aplicacion, rumiarla y apropiarsela por medio de profundas consideraciones &c.

2. Gran piedad. El segundo arbitrio consiste en penetrarse bien de esta verdad acreditada por una constante experiencia: que se ven muy á menudo predicadores que con mediana ciencia y gran piedad producen mucho fruto, mientras que de ordinario los que tienen gran talento y saber, pero una piedad mediana, hacen poco efecto para la salud y santificacion de las almas. Debe pues el predicador dedicarse principalmente á adelantar en la piedad, que es el verdadero medio de dar un principio de vida y salud á sus sermones.

3. Buen uso de la sagrada escritura. El tercer arbitrio es relativo al modo de emplear la sagrada escritura. Es bueno comparar entre sí los diferentes textos que se refieren al mismo objeto, porque ademas de corroborarse mutuamente se explican

el uno por el otro y dan mas fuerza y gracia al discurso. Es preciso leer con cuidado lo que han dicho los santos padres sobre los textos de la Escritura que se quieren emplear. En la aplicacion de estos es bueno atenerse sobre todo al sentido literal, el mas propio para persuadir; sin embargo no se ha de despreciar el alegórico, moral y anagógico, que suele producir bonísimo efecto. No quiere decir esto que hayan de emplearse uno tras de otro, sino que ha de examinarse si alguno de ellos puede convenir á nuestro sermón, y entonces nombrar el autor de quien se ha sacado aquel sentido.

Tambien puede examinarse con utilidad de qué modo se ha traducido este versículo en las diferentes versiones y colacionarlas con el texto hebreo ó el griego, no porque sea nunca permitido abandonar la version de la Vulgata; pero se echa mano de las otras para ilustrar una palabra ó darle mas fuerza y energía. Asi explicando el principio del salmo XVII: *Diligam te, Domine, fortitudo mea*, puede notarse que la voz hebrea traducida por *diligam* significa *yo ocultaré en mis entrañas ó amaré del fondo de mi corazon*; lo cual es mas enérgico que decir simplemente *diligam*. Sin embargo tales observaciones deben ser rarísimas para evitar hasta la sospecha de que se quiere hacer alarde de ciencia. Cinco ó seis en un sermón serian de mas. Tambien ha de evitarse el descender á discusiones minuciosas sobre este objeto, que convienen mas á una cátedra de Escritura que al púlpito, porque el auditorio se cansa muy pronto de todo lo que tiene apariencias de gramatical.

El cuarto arbitrio es fijarse en dos ó tres puntos sobre los cuales gira todo el sermón, y aplicarse únicamente ó á persuadir como la limosna, la oracion, la frecuencia de sacramentos, ó á disuadir como la ava-

4. Limitarse á persuadir dos ó tres cosas.

ricia, el odio, la sensualidad. A esto se ha de reducir todo su discurso y hacer eleccion de buenas y sólidas razones capaces de convencer al oyente, á las que se agregará todo lo que pueda inculcarle las verdades que se predicán, y grabarlas profundamente en su corazón. Deberá pues evitarse el defecto de algunos predicadores que creen haber hecho bastante para la conversion de los pecadores con proponer una ó dos veces una verdad capaz de causar sensacion. De ordinario acontece que esta impresion se borra bien pronto, y se frustra el fin del sermón. Asi se ha de imitar á S. Juan Crisóstomo que se fija mucho tiempo en una misma verdad, cuidando de proponerla y probarla de muchos modos diferentes. Por este medio se insinua la verdad en el ánimo de los oyentes, y penetran tan profundamente que es difícil que salga de ellos; de la misma manera que para clavar un clavo en un madero no se contenta uno con dar uno ó dos martillazos, sino muchos, y tantos mas cuanto el madero es mas duro y se quiere que el clavo agarre mas fuertemente.

5. Evitar los respetos humanos.

El quinto arbitrio es evitar los respetos humanos que mueven á halagar á los oyentes, siendo asi que el ministerio eclesiástico se instituyó para reprenderlos de sus faltas con libertad y confianza evangélicas. Sin embargo se ha de alejar cuidadosamente toda personalidad, ya recaiga sobre un particular, ya sobre un estado especial, por ejemplo sobre los obispos ó los magistrados. Las correcciones personales nunca deben hacerse sino en particular; pero pueden reprenderse en el púlpito los pecados que las personas de todos estados cometen generalmente; y aun en estas ocasiones se ha de usar de mucha circunspeccion y pesar bien los términos que se emplean, para no irritar á los pecadores en vez de convertirlos.

El sexto arbitrio consiste en no hablar sin estar muy preparado y haber premeditado las cosas que han de decirse y el modo como han de decirse; sin embargo conviene no habituarse á escribirlo todo. El embarazo de la memoria disminuye ordinariamente el fuego de la peroracion, y perjudica á cierto descuido que sirve mucho para probar al oyente que se le habla de lo íntimo del corazón. Ademas si se acostumbra uno á escribir á la larga lo que predica, puede suceder que le falte la memoria, y entonces se queda cortado. Si saca su cuaderno, le miran los oyentes como un hombre que no predica verdades de que esté íntimamente penetrado; y esta idea es perjudicialísima al fruto de la predicacion.

6. No hablar sin estar bien preparado.

El séptimo arbitrio es reducir á lugares comunes y bajo ciertos títulos todo cuanto se halla útil para los sermones en los libros que se lean, para tenerlo á la mano siempre que haya que preparar un sermón.

7. Reducir á lugares comunes el fruto de sus lecciones.

El octavo arbitrio es leer entre los santos padres á S. Juan Crisóstomo con particularidad, donde se hallará no solamente el fondo de las cosas, sino tambien la manera de tratarlas, exponerlas y persuadirlas.

8. Aficionarse á las obras de S. Juan Crisóstomo.

El noveno arbitrio es observar exactamente la instruccion para los predicadores (1).

9. Remision á la instruccion.

(1) Ademas de lo que hemos extractado en las notas precedentes, hé aqui lo que nos ha parecido mas importante de la instruccion á los predicadores.

Los que se destinan á la predicacion, deben ejercitarse en la humildad y en las otras virtudes: fundamento necesario para un ministerio que si no, expondría á muchos peligros (n.º 1).

Para ejercer el oficio de predicador con mas fruto es

cion para los predicadores.

40. Traducir y recitar el sermón de un santo.

44. Dos obras útiles á los predicadores.

42. Recomendacion á los superiores para que se dediquen á formar los

El décimo es un consejo que se da á los predicadores nuevos, y consiste en elegir un sermón notable de algun santo, traducirle y pronunciarle en lengua vulgar, como si fuera obra propia suya, delante del superior, el cual examinará con cuidado de qué modo desempeña el principiante el ministerio de la predicacion.

El arbitrio undécimo es leer cuidadosamente dos obras que para instruccion de los predicadores compusieron dos sugetos versadísimos en la predicacion. El autor de la primera, que es la mas larga y muy util, es el P. Carlos Regio. La segunda, muy breve, pero recomendable por su método y excelentes advertencias, fue compuesta por el P. Mazarini.

El arbitrio duodécimo mira á los superiores, á quienes se recomienda que velen con la mayor diligencia para formar buenos predicadores y sobre todo para hacer cumplir exactísimamente todo lo que se ha determinado sobre los estudios, su método y tiempo que ha de emplearse en ellos. Asimismo se les reco-

preciso ser fiel á todo lo que prescriben nuestras reglas, y dedicarse con diligencia á alimentar en su corazón un zelo ardiente por la santificacion de las almas, un santo amor de Dios, una devocion sólida y el espíritu de oracion. Importa tener á menudo dias de retiro, en los cuales se procurará reanimarse y perfeccionarse en todas estas virtudes.

Tambien se ha de huir, en cuanto sea posible, de todo lo que puede distraer del trabajo necesario para la predicacion, y mas aun de todo lo que puede disminuir en nosotros el espíritu interior y la devocion: tales son las conexiones de amistad con los seglares y sus frecuentes visitas. Asimismo se ha de evitar el recibir regalos de ellos. Se insiste sobre esta instruccion, especialmente con respecto á las mujeres (n.º 8).

mienda elegir un buen prefecto de estudios, poner la atencion en que se hagan advertencias formales á los nuevos predicadores para corregirlos de sus defectos, y separar de la predicacion á los jóvenes superficiales asi como á los que andan en busca de adornos afectados si no se enmiendan.

predicadores nuevos.